

Abelardo Rodríguez Sainza, 2001. En los embalses de Colimat, México, Nuevo Siglo, Aguilar, pp. 23-28

Prólogo

En una visita que hizo al Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, a mediados de los años setenta del siglo pasado, un investigador finlandés quiso saber cuántos y cuáles eran los centros de estudio mexicanos que se ocupaban de seguir y analizar la naturaleza de Estados Unidos como sociedad y como actor internacional. La respuesta que recibió entonces lo desconcertó —no había ningún esfuerzo académico especializado en el tema—, pues desde la perspectiva de la defensa del interés nacional de cualquier pequeña potencia colocada dentro de la zona de influencia de una gran potencia, esa ausencia de vigías académicos era una insensatez difícil de entender.

El paralelo entre la difícil relación de Finlandia con su enorme y poderoso vecino, la Unión Soviética, y la que existía —y existe— entre México y Estados Unidos era notable, pero, a diferencia de México, los finlandeses se propusieron, desde muy temprano, contar con varios centros académicos especializados en seguir de cerca el acontecer soviético e intentar entender y predecir la naturaleza de sus efectos en Finlandia, de su evolución política, militar, económica, social y cultural, para así diseñar oportunamente las políticas adecuadas desde la perspectiva de la defensa de su interés nacional. Para los responsables políticos en Helsinki, el estudio sistemático y profesional de la gran potencia fronteriza era y es un asunto, literalmente, de importancia vital. En contraste, México, sin desconocer para nada la enorme influencia sobre la vida nacional de los procesos que tenían lugar al Norte del Río Bravo, adoptó una actitud muy diferente a la de Finlandia: por un tiempo, que hoy se antoja demasiado largo, en la academia mexicana dominó la idea de que la mejor

manera de proteger el interés nacional era el repliegue en sí misma. A la política oficial que buscaba mantener la mayor distancia posible frente a Washington, en las universidades la acción correspondiente fue no propiciar el establecimiento de centros de estudios de lo norteamericano, por temor a que por esa vía hubiera un acercamiento excesivo con el objeto de estudio, los intereses de la gran potencia —sus académicos— terminaran por influir en la concepción mexicana de cómo actuar frente a Estados Unidos y entonces el esfuerzo resultara contraproducente para México.

La concepción anterior puede resumirse así: dada la desigualdad de recursos, entre menos interés y contacto hubiera entre el mundo académico mexicano y el norteamericano en el diseño de lo que debería ser el interés mexicano en la relación con su vecino del Norte, mejor. En estas circunstancias y por un tiempo, cayeron en oídos sordos argumentos como los esgrimidos por Daniel Cosío Villegas, quien insistía en que una buena defensa del débil frente al fuerte requería que el David mexicano buscara el mejor conocimiento posible sobre el Goliath norteamericano —un Goliath que, por su parte y de tiempo atrás, contaba en sus universidades con “mexicanistas” e invertía recursos en conocer a México—. Finalmente, y no sin ciertas dificultades, el sentido común se impuso y la academia superó las resistencias de un nacionalismo mal entendido que, por ejemplo, en los años setenta, hizo fracasar esfuerzos tan interesantes como los del Centro de Estudios Angloamericanos y su revista *Anglia*, en la Universidad Nacional Autónoma de México. Al concluir el siglo xx ya había por fin en México un entramado académico institucional que sostenía un creciente, aunque aún modesto e insuficiente, esfuerzo por comprender la naturaleza de los complejos procesos nacionales del país vecino del norte, que para entonces se había convertido ya en la única gran potencia mundial, y al que México se había unido económica y políticamente como nunca antes por la vía del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) de 1993. El libro que Abelardo Rodríguez presenta hoy es parte de un importante esfuerzo que deberá continuar y aumentar en el futuro.

La asimetría que desde el siglo xix se convirtió en la característica central de la relación mexicano-americana se ha manifestado, entre otras formas, en las pocas interpretaciones generales de Estados Unidos hechas por mexicanos y desde la perspectiva del interés mexicano. Esa ausencia contrasta con la numerosa y creciente bibliografía que sobre prácticamente todos los temas mexicanos imaginables ha producido y sigue produciendo el mundo académico norteamericano. De ahí que el mérito que primero salta a la vista de este trabajo de Abelardo Rodríguez es el hecho de que lo haya intentado. Se trata de una obra ambiciosa en extremo —elaborar una visión general desde la naturaleza del proceso político contemporáneo de Estados Unidos, desde la perspectiva de los intereses y el desarrollo mexicano—, no muy común en un autor joven, cuya contribución al campo de su especialidad apenas inicia.

Dentro de la enorme complejidad y gran dimensión de las instituciones y procesos políticos norteamericanos, el autor eligió aquellos que son particularmente relevantes para México porque han afectado su propio desarrollo y, sobre todo, van a seguir haciéndolo en el futuro previsible.

El enfoque de Rodríguez es el propio del pintor de un gran lienzo: brochazos amplios que impiden la profundidad y el detalle, pero que son la mejor forma de incluir en el cuadro todas las variables necesarias para la gran explicación. Evidentemente, el especialista, si se lo propone, encontrará que grandes generalizaciones que se hacen a lo largo del libro pueden tener excepciones y que muchas otras deberían ser matizadas, pero es que toda visión amplia del bosque debe hacerse a costa de sacrificar el detalle de cada árbol. En cualquier caso, esta obra busca proveer un marco general y es, por tanto, compatible y complementaria con los estudios más minuciosos y específicos, monográficos. El lector puede ser tanto el especialista como simplemente el ciudadano interesado en comprender la relación externa más importante, en realidad determinante, para México: la que tiene con Estados Unidos.

El autor, en su esfuerzo por determinar y explicar la situación en que se encuentra México frente a Estados Unidos, justo al inicio del nuevo siglo, ha echado mano de una auténtica multi-

tud de variables. Y éstas comprenden desde las características personales de los líderes —es el caso, por ejemplo, del ex presidente William Clinton— hasta la evolución del sistema de poder mundial, donde el fin de la bipolaridad propia de la Guerra Fría y la enorme fuerza que adquirió el desmantelamiento del Estado benefactor y la globalización económica encabezada por Estados Unidos han dejado a ese país, en palabras del ex presidente Clinton, como “la única nación indispensable”. Desde luego, entre esos extremos se encuentran las peculiaridades del proceso histórico mismo, los partidos políticos, las diferentes ramas de la administración federal, el Congreso, la gran corporación global, los intereses particulares de la región fronteriza, los organismos multilaterales influidos decisivamente por Estados Unidos, los medios de comunicación, la academia, las organizaciones no gubernamentales (tanto las de derecha como las progresistas) y las Iglesias. Todos reciben la atención del autor, como también ciertos actores y factores de poder en México, desde el proceso histórico mismo hasta los presidentes, los empresarios, los migrantes o el crimen organizado. Se trata de captar y proyectar la complejidad y lo contradictorio del entramado en que se desarrolla el interés norteamericano y la respuesta mexicana.

Para Abelardo Rodríguez, al final del siglo xx, la diferencia de proyectos y prioridades estratégicas entre los dos grandes actores políticos formales norteamericanos —los partidos Republicano y Demócrata— es, desde su perspectiva, insignificante —la negociación del TLCAN con México es una buena muestra de ese acuerdo en lo sustantivo entre el republicano George Bush y el demócrata William Clinton—; se trata del predominio en el gobierno de Washington de una visión básicamente conservadora y ya no hay que esperar muchas oportunidades para México en ese campo.

En la arena internacional, la gran novedad —e incógnita— es la desaparición del “enemigo común” que tanto ayudó a cohesionar y encausar la energía social norteamericana. Como —desde la perspectiva del autor— Estados Unidos requiere de ese enemigo para sostener su cohesión y dinámica internas y la Unión Soviética ya no existe para cumplir con tal papel, enton-

ces resulta que “la única nación indispensable” entra al siglo xxi sin una “misión global”, sin una razón de ser, clara. Y es en el proceso de redefinir esta misión, que por ahora está compuesta de varias tareas no tan relacionadas entre sí como en el pasado —mantener la estabilidad en zonas estratégicas como el Oriente Medio o los Balcanes, acabar con el terrorismo, presionar a la apertura de las economías que aún no se entregan enteramente a la lógica del mercado, defender los derechos humanos o acabar con el narcotráfico—, donde México puede encontrar serias dificultades con su vecino del norte, sobre todo porque la agenda interna norteamericana y su sentido de seguridad nacional incluyen factores directamente relacionados con nuestro país.

La transformación en julio del 2000 del viejo régimen autoritario mexicano, gracias a la derrota electoral del PRI, ha removido una posible causa de tensión en la relación México-Estados Unidos —sin las razones de la Guerra Fría, Washington se alejó de sus antiguos aliados antidemocráticos en América Latina—, sobre todo porque el cambio político mexicano se dio desde la derecha y, por tanto, en lo esencial es enteramente compatible con la visión dominante en Estados Unidos sobre lo que debe ser el desarrollo mexicano futuro. Sin embargo, el narcotráfico, la presencia de una gran comunidad mexicana documentada y no documentada en Estados Unidos, donde la demanda de mano de obra barata se conjuga con racismo y rechazo, las fallas de la economía mexicana como la de 1994-1995 o la fragilidad de la gobernabilidad al sur del Bravo, son otras tantas áreas en las que las contradicciones entre los intereses de México y los ciertos actores norteamericanos pueden llevar en cualquier momento a tensiones significativas.

El libro de Abelardo Rodríguez no pretende la, de todas formas imposible, neutralidad. El interés del autor por comprender a Estados Unidos, exponer los grandes rezagos de la evolución política y social mexicana y desentrañar la naturaleza de la coyuntura internacional de fin de siglo tiene como meta descubrir y explorar las posibilidades de que nuestro país logre dar forma a un proyecto nacional que, pese a tener que desarrollarse dentro del marco de la dominación norteamericana, no busque ni

acepte la asimilación de su poderoso vecino del norte. El final relativamente pacífico del antiguo régimen mexicano y el ingreso del país a la vida democrática abre posibilidades, pero de ninguna manera asegura que se den las condiciones para que disminuyan las grandes contradicciones internas mexicanas y se fortalezca el consenso en torno a un proyecto nacional que permita "disuadir y enfrentar, no confrontar, a Estados Unidos", el gran factor inevitable y determinante de la relación de México con el mundo externo, pero, sobre todo, consigo mismo.

LORENZO MEYER